

LA JORNADA DEL CARDENAL

Se inicia a las siete de la mañana y termina a las doce de la noche

TODOS los años, por el Corpus, una señora muy anciana se inclina a besar el anillo del Dr. Plá y Deniel, Cardenal Primado de España. Es su hermana Trinidad quien, residiendo en Barcelona, viene en esa fecha tan señalada a visitar al único hermano, de los cinco que eran, que vive. Luego, hasta San Enrique, día del Santo del Prelado, no vuelve a visitarle.

Ese es el único contacto del Cardenal con su familia. Sus padres—el arquitecto barcelonés y su esposa—y sus hermanos—uno abogado, otra religiosa y otra que se casó con un destacado industrial—fallecieron hace algunos años. Por eso en las visitas familiares al Primado, sólo hay una persona. Y éstas se producen en esas dos únicas ocasiones al año, debido a que el Dr. Plá y Deniel no abandona su Palacio arzobispal bajo ningún pretexto. Su trabajo le absorbe de tal forma que para él no existe la palabra vacación. Tanto en el caluroso verano toledano como en el gélido invierno de la meseta castellana, puede versele horas y horas sentado en su despacho.



PERIODICO POPULAR CATOLICO

N.º 95 - 1 de Enero de 1957 - Madrid

D. Enrique Pla y Deniel, Primado de España, cumple ochenta años

JORNADA INTENSIVA

EN efecto, desde las siete de la mañana en que se levanta, hasta pasadas las doce de la noche en que se retira a descansar, su jornada está repleta de actividad. Y no hay que olvidar que se trata de un anciano que acaba de cumplir ochenta años.

Esta vitalidad podrá sorprender a quien no conozca la menuda persona de nuestro primado, pero quien le haya visto conversar horas y horas con las numerosas visitas que diariamente acuden a su Palacio, no podrá extrañarse de esa hora tan temprana de comenzar el día.

Apenas si tarda un cuarto de hora en su aseo personal. Luego, si es uno de los cuatro días en que el Prelado se afeita, entra en el cuarto del barbero. Porque nuestro Primado no utiliza maquinilla eléctrica. Ni tampoco de las antiguas de cuchilla. Su afeitado corre a cargo de Pepe, un barbero toledano.

Transcurridos esos veinte minutos, ora en su capilla hasta la hora de decir la Misa. De esta forma han llegado las ocho y me-



dia de la mañana y pasa al comedor a desayunar.

Es muy sobria esta refección del Prelado. Idéntica a la que hacen millones de españoles: café con leche y pan.

A las nueve de la mañana pasa al despacho. Sobre su mesa—bastante desordenada aparentemente, porque es mesa de

(Pasa a la pág. 4.)



Una Escuela y Residencia para aprendices en Vitoria

Una experiencia realizada con setenta y cinco muchachos por un sacerdote vitoriano ha dado origen a una de las obras más interesantes en el apostolado social.

(Crónica de Vitoria, en la página 8.)

EN una de las naciones más civilizadas del mundo, ocurriósele a un sociólogo, no sé si un tanto humorista o tal vez excesivamente serio, en sus investigaciones experimentales, ocurriósele, digo, a un sociólogo comprobar experimentalmente la Parábola evangélica del Samaritano. Y fué del modo siguiente: Se fué el sociólogo a un sitio bastante despoblado, de una carretera de mucho tráfico, poco antes de amanecer; arrojó su coche a una orilla; le colgó

COOPERAR

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Fray Albino González y Menéndez Reigada, Obispo de Córdoba

en el exterior un papel en el que se leía con letras bastante claras: "En este coche hay un herido"; se metió dentro y se acurrucó en el suelo del coche como pudo.

Poco tiempo después comenzaron a pasar coches y más coches; pero ninguno paraba.

Y seguían pasando coches, y pasando tiempo; pero nadie se preocupaba del supuesto herido, que en el fondo de aquel coche parado se estaba desangrando, se estaba a gran velocidad muriendo. Hasta que al fin se cansó nuestro sociólogo de la postura incómoda

en que se hallaba y se volvió para su casa, sacando como conclusión de su experiencia que la raza de los samaritanos debió de haberse extinguido por completo.

Nosotros no hemos visto seguramente en nuestros caminos ningún coche parado con un letrero como el del sociólogo. Y hasta creemos que todavía quedan en mayor o en menor cantidad samaritanos en el mundo; y que tras un rato más o menos largo alguno, y de los buenos, hubiera pasado por allí y se hubiera detenido. ¿Muchos? ¿Pocos? Eso ya no me atrevo a determinar, pues podrá variar mucho, según el lugar escogido para la experiencia.

LO que sí tenemos que advertir es que experiencia se está haciendo entre nosotros todos los días. ¿Creéis que por las carreteras por que pasáis, sobre todo por algunas calles de vuestra propia ciudad, no hay algún enfermo, que se está muriendo por falta de una medicina que le ha recetado el médico, pero que no puede adquirir por ser muy cara?... ¿Que no sabéis de ninguno en esas condiciones? Pues será bien fácil enteraros, si os lo proponéis; si no preferís pasar de largo, sin acercaros al coche para descubrir al herido que está dentro. En el Secretariado de Caridad, en la Sección benéfica de las Mujeres de A. C., o en las confe-

(Pasa a la pág. 11.)

FOTO DE LA QUINCENA

ESTE es el famoso criadero de caballos "pura sangre-cartón", de Odenwall (Alemania). La paciencia de Phillip Loos, el artesano, se encarga de darles su frágil cuerpecito de cartón pintado: no puede hacer más. El resto—¡la "vida", nada menos!—solamente los niños pueden dárselo. En el momento en que una mano de niño coja las riendas y una voz chillé: "¡Arre, caballito, arre!", el corcel de cartón echará a galopar por las infinitas praderas de la imaginación infantil. ¡Ay, qué maravilla que este milagro sea todavía posible en estos mecanizados tiempos en que todo milagro está reservado a la técnica, fría, aplastante, inhumana!

¡Arre, caballito, arre!



ejemplar, 2,50 pesetas